

Mensaje de Ademar Olivera a las Iglesias Reformadas de Holanda: noviembre de 1984.

«Para los europeos, la fuerza destructiva de las armas es una amenaza. Ya sean armas nucleares o convencionales. Es algo que está ahí, latente, al acecho, generando miedo e incertidumbre. Es verdad que el gasto en armamento consume gran parte del presupuesto de las naciones; dinero que podría usarse en la defensa de la vida se usa provocando la muerte. Pero lo que más preocupa es lo que puede ocurrir en cualquier momento, si se llegara a producir un conflicto entre dos naciones.

En cambio, para los latinoamericanos la fuerza de las armas es una terrible realidad cotidiana, mucho más cercana y visible. Usando como pretexto la Doctrina de la Seguridad Nacional, los regímenes militares han sembrado la muerte por todas partes, han sacrificado inocentes, han pisoteado la Constitución, los derechos y las libertades que fueron fruto de conquistas populares, han arruinado las economías de nuestros países.

En América Latina hoy, hablar de torturas, muertes violentas, presos políticos, detenidos-desaparecidos, exiliados, destituidos de su trabajo, es algo habitual, que no llama mayormente la atención de mucha gente. Lo que en otras regiones sería un motivo de escándalo, de vergüenza nacional, allá no pasa de ser “un hecho más”.

¿Cómo podríamos transmitir esa dura realidad de modo que sea comprensible para los cristianos europeos? Más que describirla por medio de cifras, pues las cifras suelen ser frías, anónimas, la podemos expresar a través de experiencias concretas del sufrimiento de nuestro pueblo. Esos sufrimientos tienen un nombre. Una vida detrás. Nosotros lo llamaremos “Juan-Juana Dolor”. En este caso, para contar historias no necesitamos tener mucha imaginación, sino simplemente un poco de memoria. Pues la realidad de nuestros países muchas veces supera la ficción:

“Juana Dolor” es una madre que recibe un féretro cerrado, a quien se le dice que contiene el cuerpo de su hijo que murió en la cárcel (quién sabe en qué circunstancias), que debe velar discretamente al difunto sin poder abrir el cajón para despedirse de él.

“Juan Dolor” es un joven médico, lleno de vida y de generosidad, detenido en la madrugada de un domingo de Semana Santa, arrancado por la fuerza del lado de su esposa y de su pequeño hijito; torturado vilmente en tenebrosas celdas y su cuerpo devuelto sin vida a las 24 horas.

“Juana Dolor” es una joven madre a quien, al ser detenida, se le arrebató de sus brazos a su hijito de apenas 20 días de edad y que,

después de ocho años de separación y búsqueda, aún no sabe si está vivo ni su paradero.

“Juan Dolor” es aquel joven de 38 años de edad que, después de haber pasado la tercera parte de su vida en la cárcel, en condiciones inhumanas, muere resistiendo hasta sus últimos días, con entereza y dignidad, sin haberse permitido morir entre sus familiares.

“Juan Dolor” es también un joven de 30 años de edad que, después de haber cumplido una condena de varios años de cárcel y de estar esperando la ansiada libertad, se quita la vida desesperado por su incierta situación.

Estos dramas humanos, reales, concretos, me conmueven profundamente, por haber estado cerca de ellos; y también me avergüenzan, me rebelan y me empujan hacia un gesto solidario. Como cristiano, como ser humano, me siento identificado, consustanciado, con el sufrimiento, con las luchas, con las esperanzas de mi pueblo. Trato de estar al lado de los más débiles, de mis hermanos “más pequeños”, compartiendo su “cruz” diaria, buscando aliviar el dolor, dar ánimo, encontrar juntos respuestas y salidas que ayuden a conservar la entereza y la fuerza vital para sobrevivir y crecer en la fe y el amor.

Ahora bien, ¿cuál es el rol de las Iglesias y de los cristianos ante esta situación de flagrantes violaciones de los derechos humanos? Según mi opinión, esta pregunta nos conduce a tres afirmaciones-exigencias:

1. No cerrar los ojos ante la realidad, por más chocante que sea. Más bien, debemos estar atentos, sensibles, ante las evidencias, los reclamos, las expectativas de los pueblos. En este sentido, es de vital importancia mantener un buen nivel de información, lo más objetiva posible, de los hechos. Con un poco de buena voluntad y esfuerzo, esto se puede lograr.

2. Ser conscientes de que todos somos “solidarios en el pecado” (Romanos 3:10), responsables de las injusticias y los crímenes que se cometen en nuestros países latinoamericanos. No importa que pertenezcamos al “mundo rico” o al “mundo pobre”, a naciones democráticas o a dictaduras militares, a regímenes socialistas o capitalistas. Hoy día, la complejidad de los mecanismos del poder y las relaciones internacionales, los sistemas de comunicación, no permiten exclusiones, ni aislamientos, ni “lavarse las manos”.

3. Si somos “solidarios en el pecado”, debemos ser solidarios también con la lucha de aquellos que sufren las consecuencias de la violación de los derechos humanos. Esa es una forma de reconciliarnos con Dios, y con nuestro prójimo, como “embajadores de Cristo” (II Corintios 5:17-20). El apoyo, el acompañamiento, la intercesión, hacia los sectores oprimidos y sufrientes es una exigencia evangélica ineludible.

Claro, eso implica un sacrificio personal. Incluso, puede tener una cuota de riesgo, según el lugar donde se vive. Pero no hay manera de

comprometerse con los oprimidos sin tener problemas con los opresores. Sin embargo, hay un mandato explícito de nuestro Señor Jesucristo (Mateo 25: 37-40), y también una promesa (Juan 16:33).

Que Dios les bendiga, hermanos y hermanas, y les dé sensibilidad y fuerza espiritual para asumir una actitud de presencia y testimonio evangélicos. Les agradecemos lo que ya están haciendo por personas y familias que sufren.»